

LA BÚSQUEDA DE LA VERDAD COMO EXIGENCIA DEL DESARROLLO HUMANO

Doctoranda Larissa Guerrero

laguerre@up.edu.mx

Doctora Inés Guardia Rolando

iguardia@up.edu.mx

Lic. Raúl Cerda Pérez

rcerda@up.edu.mx

Universidad Panamericana

Guadalajara-México

Una idea casi universalmente aceptada es que es que la filosofía y la ciencia por naturaleza buscan la verdad. No obstante, para que alcancen la Verdad requieren a fortiori de la fe. A partir de estas ideas, nuestra reflexión está organizada en tres apartados: en el primero abordamos la necesidad de la metafísica como disciplina que encuentra los principios en la naturaleza. Así como, la ciencia gracias a la metafísica encuentra las leyes de esta, pero sólo con ayuda de la fe; en la segunda idea nos centramos en explicar el método de la ciencia y nos preguntamos si sus formas y metodologías van de acuerdo con la fe. La última idea, trata la dimensión de las ciencias sociales cara al Desarrollo Humano (DH). El argumento que se desarrolla en este apartado sostiene que, el motivo por el cual el hombre, con su razón, busca la verdad; es para dar sentido a su existencia. No obstante, hay que reflexionar sobre el devenir de las Ciencias Sociales puesto que, ante el establecimiento de linderos, la inflexión de métodos y metodologías se ha desdibujado e incomprendido de los hechos presentes en la realidad y no se ha tendido a la búsqueda de la verdad. Finalmente, se presentan nuestras conclusiones que ahondan en la propuesta del DH y la bibliografía utilizada para elaborar este trabajo.

PALABRAS CLAVES: Fe y razón
Metafísica
Ciencia
Desarrollo Humano

INTRODUCCIÓN

Hoy en día la fragmentación gracias al multiculturalismo y la globalización son un hecho, este contexto cultural el cual fue vislumbrado desde la *Aeterni Patris* de Leon XIII como amenazante dadas las posturas del racionalismo y el fideísmo, y que se observa también en la *Fides et Ratio*¹ como un contexto cultural desilusionado por la incapacidad del ser humano para conocer la verdad, el cual nos ha heredado un relativismo epistemológico y moral, en el que el texto intelectual también ha caído en un desencanto, la razón no es suficiente para que el hombre busque las respuestas acerca del mundo que le rodea, y la fe sencillamente ha dejado de ser una opción.

A poco más de Diez años del esfuerzo de Juan Pablo II por mostrar la armonía existente entre la fe y la razón, y específicamente en la apertura del hombre a la verdad como una disposición natural ya que Dios ha puesto en el corazón del hombre el deseo por conocerla (FR, prólogo), y que este deseo pertenece a la naturaleza del mismo hombre (FR, n.3), y como tal disposición está arraigada en la capacidad racional, de manera que se sustenta como una capacidad de reflexión filosófica, puesto que este deseo despierta a través del asombro y la admiración que surge al contemplar la realidad.

Por otra parte, en la trinchera del racionalismo extremo, podemos ver que la ciencia parece no haber sido capaz de dar todas las respuestas como lo había prometido en su tiempo, la ciencia se jacta de no necesitar más que de la razón sola, incluso hizo a un lado todo esfuerzo reflexivo por parte de la filosofía, especialmente desdeñó a la metafísica. Esta desarticulación no sólo entre la teología y la filosofía, sino entre la filosofía y la ciencia ha hecho más grande el abismo, encontrarse con la verdad ya no es una opción, la mentalidad cientificista es reduccionista y experimental, se conforma con corroborar o verificar una muestra pequeña, ante lo cual está dispuesta a excluir todo lo que no le sea útil al mismo tiempo que abarca todo en la pretensión de querer tener el dominio sobre la realidad, y ha dejado a lado la búsqueda del sentido de la vida en tanto encuentro con la realidad y la verdad misma, ya que la verdad no es solamente posesión objetiva por parte del conocimiento; en este sentido la encíclica *Fides et Ratio* aporta un luminoso magisterio sobre el que construir relaciones mutuas válidas y tender puentes entre la fe y la ciencia (CIAC, 1999).

No obstante, esta actitud ha hecho una ruptura frente a la existencia de la Verdad, cambiándola por una serie de las verdades parciales, en una gran variedad de multiformas y multitiempos. Es de saber que, en su tiempo, a los pocos días de la publicación de la *Fides et Ratio*, surgieron comentarios como: “no dice nada nuevo”, “el estado del pensamiento religioso es *quasi* infantil”, “no aporta nada a la verdadera ciencia de esta época”, esto claramente ejemplifica que la sociedad intelectual y científica, así como la comunidad en general aun no estaba preparada para el mensaje, frente a esto Alejandro Llano, asintió que:

el objetivo de la encíclica no es tanto el de resolver de una vez por todas el sutil problema conceptual de las relaciones entre razón y fe, entre filosofía y teología, sino más bien el de buscar los recursos intelectuales y religiosos para relanzar el sentido universal de la verdad y su incidencia profunda en la vida de cada persona (Llano, 1999).

¹ Algunos comenzaron a profesar una desconfianza general, escéptica y agnóstica, bien para reservar mayor espacio a la fe, o bien para desacreditar cualquier referencia racional posible a la misma (FR, 45).

En efecto, vivimos en la ausencia de una razón humana orientada a la experiencia vital, la verdad como guía de la vida misma, como brújula del sentido del hombre hacia el cumplimiento de su finalidad, no puede ser alcanzada si hemos enterrado a nuestra gran aliada la metafísica, ¿qué hemos hecho hoy por no asistir día con día a semejante funeral? Hemos sí, unos cuantos que no dejamos la esperanza de que resucite la metafísica y junto con ella la capacidad racional por encontrar esa verdad orientadora; no se trata de un renacer sino de un reivindicar total de la razón, la filosofía y la metafísica ante las ciencias positivas y las políticas sociales de la actualidad. Es más, se trata de realizar una reímblicación de éstas a la ciencia, tal y como era en un principio, al respecto podemos leer,

[...] La filosofía moderna, dejando de orientar su investigación sobre el ser, ha concentrado la propia búsqueda sobre el conocimiento humano. En lugar de apoyarse sobre la capacidad que tiene el hombre para conocer la verdad, ha preferido destacar sus límites y condicionamientos (FR, n.5)

[...] lo más urgente hoy es llevar a los hombres a descubrir su capacidad de conocer la verdad, y su anhelo de un sentido último y definitivo de la existencia (FR, n.102).

En esta misma línea de pensamiento, Charles S. Peirce desde su trinchera como científico de siglo XIX, nos dice que, podemos silogizar acerca de todo aquello que podemos definir. Y por extraño que parezca, podemos ofrecer definiciones inteligibles y comprensibles de muchas cosas que jamás podrían comprenderse en sí mismas (Peirce, 1859). Por tanto para el científico pragmatista Norteamericano, la ciencia ha de ser un acervo vivo y creciente de la verdad, el verdadero espíritu científico es no descansar en opiniones parciales, sino a continuar hasta llegar a la verdad de la naturaleza (Peirce, 1892). En este mismo sentido se comprende a la filosofía como camino para reconocer verdades fundamentales relativas al hombre (FR, 5), existe la necesidad de reflexionar sobre la verdad no solo en la filosofía sino en la ciencias también, La filosofía y las ciencias tienen su puesto en el orden de la razón natural (FR, n.9).

La ciencia —afirma Peirce (1982)—, debe dejarse guiar por la mano firme de la naturaleza y no por sí misma, del mismo modo la filosofía ha de guiarse por la fidelidad a su naturaleza de tendencia sapiencial humana, la filosofía y la ciencia deben trabajar por un mismo fin, y este debe ser la verdad, pues ambas han de luchar por un conocimiento capaz de llegar a las formas más altas de especulación, como se planteó en la baja Edad Media, efectivamente se consideraban autónomas tanto la filosofía, la ciencia y la fe, sin embargo,

[...] la legítima distinción entre los dos saberes se transformó progresivamente en una nefasta separación. Debido al excesivo espíritu racionalista de algunos pensadores, se radicalizaron las posturas, llegándose de hecho a una filosofía separada y absolutamente autónoma respecto a los contenidos de la fe. Entre las consecuencias de esta separación está el recelo cada vez mayor hacia la razón misma (FR, n.45).

Hoy en día tenemos que reafirmar la importancia de no abdicar ante las tentaciones de un racionalismo menguado o de un fideísmo curvado sobre sí (Llano, 1999), esta actitud es la que ha menguado nuestra cultura, y por la misma que cada día el vacío existencia se hace más profundo. Como filósofos y científicos tenemos que pensar y aceptar que la ciencia y filosofía, por igual son producto de la capacidad racional del hombre, tal capacidad tiene como deber investigar sobre los diversos aspectos de la verdad en pro del autoconocimiento del sí mismo, y por lo mismo, no han de enfrentarse entre sí como tampoco ante la fe, si logramos conciliar de manera individual e

interdisciplinar esta realidad, se hará posible el descanso a la fatiga existencial que hoy en día nos embarga, y por ende el inicio de un gozo espiritual.

Para esta última tarea, si en verdad queremos que se realice, hay que anunciar que no basta la razón, sino que se hace presente la necesidad de la fe, ya que la verdad tiene un fundamento en la fe; la verdad requiere de puntos de referencia, lo mismo la constitución del sí mismo, de cualquier otra manera sólo se construyen castillos de arena.

Al estudio radical de la realidad como misión de la filosofía y la ciencia, hoy en día, le urge el apoyo de la fe y una notable condición de humildad en todo filósofo y científico, pues

[...] la historia está conduciendo a las mentes de los hombres, una cobardía que la ha mantenido inmóvil a través de los siglos [...] la verdad no puede separarse en dos doctrinas enfrentadas [...] cualquier cambio que el conocimiento pueda obrar en su fe podrá sólo afectar a su expresión, pero no a la profundidad del misterio expresado. (Peirce, 1892).

De manera que no hay razón separada, pura o absoluta, la razón emancipada de la fe es estéril, es únicamente dar vueltas sobre sus mismos supuestos, de manera que la ciencia y la filosofía posmoderna, son un tipo de endogamia de ideas despaternalizadas, pero eso sí, con enorme confianza en sus creencias propias. La razón científica se sustenta a sí misma a partir de creencias que se postulan a modo de hipótesis, una hipótesis dada es buena porque es natural, o fácilmente abrazada por la mente humana (CP 5.590-604, 1903), pero si está desgarrada de la fe, no será tan útil para encontrar la razón por la cual el hombre formula tales hipótesis. La búsqueda de la verdad en la ciencia inicia con la fe, ya que los tesoros de la sabiduría y de la ciencia» están ocultos en Cristo (Col 2, 3) y por ello interviene la reflexión filosófica, para que no se cierre el camino que conduce al reconocimiento del misterio (FR, n.51).

LA ARTICULACIÓN DE LA METAFÍSICA

Ahora bien, a la filosofía le toca articular a la ciencia desde la metafísica (CP 6, 1903), ya que la ciencia es posible —afirma Peirce—, porque existe una realidad así como la posibilidad de conocerla, esta actitud de confianza ante la realidad y el conocimiento tiene su fundamento en la fe, porque es una opción radical partir de que la capacidad de conocer toda verdad tiene su origen en que el hombre es una criatura a imagen y semejanza de Dios, poner a un lado esta realidad, es jugar a la ciencia y a la filosofía. Si la ciencia es honesta y humilde ante la realidad entonces la actitud del científico,

es la vida dedicada a la búsqueda de la verdad de acuerdo con los mejores métodos conocidos [...] No es lo que ya han descubierto lo que hace de su ocupación una ciencia; sino el que estén persiguiendo una rama de la verdad (MS 1334, 1905)

Esta verdad es posible para el ser humano ya que la realidad es aquello que es independientemente de lo que se pueda pensar (CP 5.384, 1904), el pensamiento no puede modificar las cosas extramentales, ya que éstas suceden aun sin la interacción del conocimiento humano, los objetos físicos están antes de nuestra experiencia, y en tanto que son independientes de uno hacen posible la impresión sensible para su conocimiento, todo objeto físico y conjunto de objetos físicos que se imponen ante la experiencia, no se modifican al ser pensados conforman la realidad o el mundo. La metafísica es una ciencia que trata del ser en cuanto ser (CP 6. 214, 1898), su tarea es estudiar las características más generales de la realidad y de los objetos reales (CP 6.6, 1903), todo interés por conocer o descubrir las características de la realidad es un quehacer científico, tanto por el interés a la verdad, así como el interés por la realidad.

La verdad está relacionada con la realidad, y si esta es independiente de nosotros, es posible pensar que existe una realidad superior a nosotros, de la cual se participe tanto la realidad como la verdad, para Peirce, esta posibilidad no representaba ningún problema, al grado que él mismo afirmó que el hombre de ciencia tiene como propósito adorar a Dios en el desarrollo de las ideas y de la verdad. (MS 1334, 1905). Es en este contexto como pensamos que la relación entre la fe y la razón, en el quehacer científico y filosófico debe acomodar todos sus esfuerzos, así como su método a aquella verdad inicial que se busca. Es así como la ciencia se encamina a la adoración de Dios (MS 1334, 1905)

En El matrimonio entre la religión y la ciencia, Peirce afirma que “El mero conocimiento, aunque sea sistematizado, puede ser un recuerdo muerto; mientras que por ciencia todos entendemos habitualmente un acervo vivo y creciente de la verdad” (CP 6. 428-, 1892), este acervo vivo no es nada más ni menos que la verdad revelada, la razón está alertada, y en cierto modo guiada, para evitar caminos que la podrían conducir fuera de esta verdad (FR, 73), puesto que,

La verdad revelada, al ofrecer plena luz sobre el ser a partir del esplendor que proviene del mismo Ser subsistente, iluminará el camino de la reflexión filosófica. En definitiva, la Revelación cristiana llega a ser el verdadero punto de referencia y de confrontación entre el pensamiento filosófico y el teológico en su recíproca relación (FR, 79).

No obstante el científico y el filósofo han de creer en el fondo de sus corazones que su razón es animada a explorar vías que por sí sola no habría siquiera sospechado poder recorrer (FR, 73), y por esta razón en ningún momento es posible abandonar la fe, la ciencia y la filosofía requieren de la imaginación, pero ésta tiene sus límites; el *cientificismo* no admite como válidas otras formas de conocimiento que no sean las propias de las ciencias positivas, relegando al ámbito de la mera imaginación tanto el conocimiento religioso y teológico, como el saber ético y estético (FR, 88), y por este camino lo único que se logra son fantásticas narraciones dignas del Nobel de literatura.

Tanto la ciencia como la filosofía han de seguir sus creencias para el encuentro con la verdad, la ciencia inicia con un hipótesis que no es más que creer en la posibilidad de conocer una verdad universalmente válida (FR, 92), la filosofía cree conocer los principios y la ciencia cree tener el método correcto, no sabiendo quizá que la persona al creer lleva a cabo el acto más significativo de la propia existencia (FR, 13), es así como el científico va aceptando todos los resultados de la ciencia, así como los mismos hombres de ciencia los aceptan, esto es, como pasos hacia la verdad (CP 6. 433 1892).

En los “Manuscrito de notas para una *Historia de la ciencia*, proyectada, pero no llevada a cabo”, de 1896, Peirce expresa el interés genuino por la verdad que debe existir en el científico, y expresa que “Cuando un hombre desea ardientemente conocer la verdad, su mayor esfuerzo será imaginar que esa verdad puede existir” (CP 1. 46, 1896), esta imaginación es posible mediante el esfuerzo de la razón, la cual debe actuar en armonía con la fe, aceptando la revelación como el camino más seguro para en encuentro con la verdad, de manera que la imaginación se eleva a un plano superior cuando es capaz de imaginar a la Verdad. De ahí que surja ese amor a la verdad y a las leyes que en la realidad se manifiestan, porque entonces la capacidad racional asume que detrás de la ley natural existe una ley divina,

Un científico debe ser alguien concentrado en un solo propósito y sincero consigo mismo. De otra manera, su amor a la verdad se disiparía de una vez. Por consiguiente, difícilmente puede ser otra cosa que un hombre honesto y honrado. (CP 1. 49, 1896)

Si dejamos a un lado la importancia de la ley en la realidad, como aquello que dicta el orden y la subsistencia, no será posible construir una verdadera ciencia, ya que lo único que se haría sería formar teorías sobre meras opiniones,

la única esperanza de razonamiento retroductivo que pueda alcanzar alguna vez la verdad es el que pueda existir una tendencia natural a un acuerdo entre las ideas que se proponen ellas mismas a la mente humana y las que pertenecen a las leyes de la naturaleza. (CP 1. 81, 1896)

La ciencia ayuda a indagar acerca de la naturaleza, busca penetrar a la razón de las cosas, para descubrir las leyes de la realidad, por su parte la filosofía va en busca de los principios que configuran el todo de lo real, esta inclinación natural va en el sentido en pro del descubrimiento del papel que ha de cumplir el hombre en el mundo,

la naturaleza, que es entonces objeto propio de la filosofía y de la ciencia contribuye a la comprensión de la revelación divina. La fe, por tanto, no teme la razón, sino que la busca y confía en ella. Como la gracia supone la naturaleza y la perfecciona, sí la fe supone y perfecciona la razón (FR, 43).

Es en esta aproximación en donde la metafísica cumple un papel fundamental como vínculo de la razón hacia la fe, ahora bien, a la ciencia le corresponde replantearse la cuestión del método, de manera que tanto filosofía y ciencia como operaciones de la razón estén en completa armonía con la fe.

LA CUESTIÓN DEL MÉTODO DE LA CIENCIA

Toda investigación de la realidad ya sea esta concreta o bien universal, parte, sin duda alguna, de ciertos presupuestos y ciertas ideas que le confieren una impronta y le catapultan, epistemológicamente hablando. Su grandeza o bien su miseria estriba en ese arranque. El punto de partida de las ciencias modernas ha sido constituido por el paulatino ascenso del análisis estructural y dinámico de la historia, de la subjetividad, de la economía y de la política.

En sustitución de un pensamiento más universal y ligado a las grandes preguntas de la vida, se ha ido construyendo un conocimiento más particular y en cierto modo más indiferente a las necesidades más profundas del espíritu, entre las que destaca el *sentido* de la existencia humana, como lo hemos afirmado. Sin duda alguna, esto ha originado un pensamiento filosófico y científico poderoso, pero con una carencia de fondo que vacía de significado la totalidad del esfuerzo. Sin minimizar los hallazgos alcanzados, con el transcurso del tiempo se ha ido revelando una especie de circularidad viciosa en esta forma de proceder, principalmente por la endogamia de la constatación de los sistemas, en donde los patrones de validez surgen de la medida misma que se pretende evaluar, incluidos los criterios de parsimonia y de falsabilidad. Esta limitación de fondo que ingenuamente ha pretendido liberar el pensamiento, no ha hecho sino encerrarlo en límites aún más profundos.

La señalización y relieve de la subjetividad, del etnocentrismo y del determinismo, que son los frutos maduros del saber moderno, no hacen sino revelar indirectamente la incapacidad de generar un pensamiento autosuficiente que tenga validez en sí mismo y a su vez sea susceptible de universalizarse y desplazarse fuera del tiempo. Ésta es la raíz de todo relativismo gnoseológico y de todo nihilismo intelectual: cuando el relativismo se hace

absoluto, lo absoluto se vuelve relativo. Después de esto, nada tiene verdadera vigencia ni valor, todo depende de las circunstancias, todo se torna *opinión*.

El pensar filosófico—como se ha dicho—, se constituye por una argumentación elaborada siguiendo rigurosos criterios racionales que constituyen una garantía para lograr resultados universalmente válidos (FR, n. 75) pero este pensar que aspira a descubrir primeros principios y últimas causas. No obstante, requiere de un discurso organizado alrededor de la experiencia concreta, esta dependencia de la experiencia une radicalmente el pensar filosófico y el hallazgo científico en su origen. Cuando el saber humano exige ir más allá y topa con los grandes problemas de la existencia, da cuenta de realidades tan prístinas y primordiales las cuales tienen como característica principal que no admiten más demostración, que aquella que surge de sus propios términos. En este punto tanto el rigor filosófico como el hallazgo científico son incapaces de oponer a dichas realidades, algún instrumento de constatación, ya que las leyes científicas no correlatan a la vez todos los aspectos posibles sino un número de variables seleccionadas (Bunge, 2004).

En efecto, la ciencia y la filosofía presentan sus límites, de ahí que se hace necesaria una nueva postura no en tanto al modo del saber o al método de las ciencias, sino en relación a la actitud del sujeto quien está detrás de todo conocimiento, de ahí que la filosofía y la ciencia como saberes del hombre, exijan un giro hacia la fe. La *Fides et Ratio* se presenta concretamente como una exhortación a introducir dicha fe en el principio, en el medio y final de toda indagación de la realidad. Este cambio de actitud propuesto por la encíclica en cuestión, no radica en una modificación de la metodología o en la introducción de un nuevo criterio de falsabilidad o certeza ya que, no es posible convalidar argumentaciones heurísticas esencialmente inseguras, como las inductivas (...) porque las hipótesis inductivamente halladas son superficiales, y el mejor modo de convalidarlas consiste en enlazarlas con otras hipótesis (Bunge, 2004). Este cambio de actitud significa un cambio en las creencias sobre el alcance del método, puesto que el punto de partida de éste, en la retroducción surge a partir de verdades a priori a la ciencia misma,

este método no debería considerarse como esencial al comienzo de la ciencia. Sin embargo, lo que es esencial es el espíritu científico, que está determinado a no descansar satisfecho con las opiniones vigentes, sino a continuar hasta llegar a la verdad real de la naturaleza (CP 6. 428, 1892).

No obstante, esta actitud va más allá, proponiendo romper las cadenas que la modernidad ha impuesto al pensamiento, es en este sentido en el que la *Fides et ratio* pone de manifiesto, la capacidad de alcanzar realidades inaccesibles a la razón a través de los “signos” que nos presenta la fe por los cuales el esfuerzo racional se libera, fortalece y expande.

Existe un testimonio vital que no proviene de la razón argumentativa, es decir de “las estructuras lógicas y conceptuales” (FR, n. 66) de las que dispone el hombre, este testimonio tiene por objeto el Signo. Para el cristiano el Signo es un propedéutico de la razón que permite el cultivo de la confianza cognitiva para “descubrir los horizontes a los que no podría llegar por sí misma” (FR, n. 67), y que se apoya en la “aptitud del lenguaje humano para hablar de forma significativa y verdadera incluso de lo que supera toda experiencia humana” (FR, n. 67).

La incorporación del Signo cristiano al discurso filosófico-científico no carece de dificultades. La captación del Signo cristiano mediante la fe es el *punto central* para el cambio de actitud en el entretejido científico-filosófico, a través de la aptitud del lenguaje humano, como condición receptiva de la Palabra divina. En efecto, la adopción del Signo

contenido en la Palabra, como orientación epistemológica, ha sido blanco de numerosas críticas por parte de los detractores de la razón, quienes afirman la incapacidad del lenguaje y el intelecto para acceder a la realidad objetiva, y cuanto más a una realidad trascendente. Existen corrientes que sostienen que el lenguaje no es más que puras secuencias de información empírica, sujetas a las leyes de la sintaxis y la sinapsis, y que este lenguaje no hace más que expresar las estructuras cognitivas del sujeto parlante. Estas corrientes establecen pues, un relativismo subjetivo del lenguaje incapacitante para abordar la realidad con éxito.

Sin embargo el lenguaje humano, “habla” por sí mismo y a despecho de sus detractores sigue abriendo caminos en el saber, recuérdese, por ejemplo, que la investigación cualitativa y documental, dependen por entero de la validez de sus constructos discursivos y que ésta sólo es lograda con la constatación del discurso científico, en términos de confrontación con la realidad estudiada; recuérdese también la necesaria inclusión del discurso y definición conceptual de los constructos o variables experimentales cuantitativas, sin mencionar la presentación e interpretación de resultados.

No en balde, si se quiere aún, puede argüirse que el lenguaje no puede contener de suyo a la realidad objetiva sino únicamente a una representación, en cuyo caso, se puede responder que el estudio de las representaciones constituye, de facto, la posibilidad de la validación epistemológica del discurso en contraste con lo representado, lo que le confiere al signo en general, una realidad suficientemente importante para la filosofía y la ciencia.

Desde el punto de vista de la fe, el Signo cristiano se constituye en *la representación de la realidad trascendente*, que convoca a los sentidos y a la razón hacia un significante vital y verdadero, aunque misterioso. No se puede entender cabalmente el Signo cristiano desde la psicocibernética, desde el psicoanálisis o desde la filosofía del lenguaje y la mente, sin destruir “el signo mismo” (FR, n. 13) y la verdad que encierra. El Signo permanece celoso del significado y del significante: la razón afinada por la fe ve en el Signo el anuncio de un camino por recorrer, la llamada a trascender sus limitaciones e ir más allá, guiada por la Palabra Divina. Podemos establecer al Signo como el objeto de la fe y no de la razón, pero afirmando al mismo tiempo que la comprensión profunda del Signo “ciertamente no puede prescindir de ella” (FR, n. 68) si se quiere preservar la riqueza epistemológica que nos ofrece.

Por otra parte, la incorporación del Signo cristiano en la filosofía, cuyo principal exponente tal vez sea Tomás de Aquino, radica en el estudio de “la realidad del pecado, de la concepción de la persona como ser espiritual, la dignidad, la igualdad y la libertad de todos los hombres” (FR, n.76), de los signos de los tiempos (hecho histórico con resonancia en la eternidad), la filiación divina del ser humano y en la “exploración del carácter racional de algunas verdades expresadas por la Sagrada Escritura” (FR, n. 76) y el Magisterio. Todas estas realidades trascendentes están expresadas en verdades que se ofrecen a la fe, para que la razón, mediante la filosofía y la ciencia las incorpore utilizando sus propios términos, por ello “la Iglesia ha podido disponer, a lo largo del siglo XX, de un número notable de pensadores” (FR, n.58). Sin embargo, este abordaje al Signo cristiano ha de superar el abismo que separa a la ciencia moderna de la Verdad revelada por Cristo, y la liberación efectuada por su Muerte y Resurrección, abismo que radica en la veneración irracional del método por parte de la ciencia, el descrédito de la palabra y el vacío del estudio filosófico

del Signo cristiano. Todo lo anterior reclama, en función de proveer una verdadera orientación, adherirse a las directrices de una metafísica poderosa que interpele a la ciencia y la filosofía actuales a través del cuestionamiento central y fundamental de todo saber que *valga la pena*: “¿Por qué existe algo?” (FR, n. 76).

LA RECUPERACIÓN DE LA FE EN LAS CIENCIAS SOCIALES

BIBLIOGRAFÍA

BUNGE, M. (2004), *La investigación científica*. Barcelona: Siglo XXI.

JPII (1998), *Fides et ratio*. Vaticano: Intra text.

LLANO, A. (1999), 'Audacia de la razón y obediencia de la fe', in ASTROLABIO, S.A.Y.É.D. (ed.) *Actas del I Simposio Internacional*

Fe Cristiana y Cultura Contemporánea. Javier Aranguren, Juan Jesús Borobia, Miguel Lluch ed. Pamplona: Eunsa.

PEIRCE, C.S. (1859), 'Ensayo sobre los límites del pensamiento religioso. Escrito para probar que podemos razonar sobre la existencia de Dios', in REDONDO, I. (ed.). Pamplona: GEP.

--- (1892), 'El matrimonio entre la religión y la ciencia', in RUIZ, C. (ed.). GEP.

Centro de Investigaciones de la Arquidiócesis de Cali (CIAC), **CONGRESO INTERNACIONAL**, *El creyente ante la ciencia actual—El científico ante la fe*, Cali, 11-13 Octubre de 1999